



## «Ser hermanos hoy» Fray Carlos Azpiroz Costa, OP

### I. UN HERMANO ENTRE HERMANOS

Cuando el Hermano Álvaro y el Hermano Miguel (Campos) me visitaron hace unos meses, no imaginaba que el motivo principal de nuestro encuentro sería la invitación a compartir con ustedes este momento del Capítulo General.

Ese día –lo reconozco- no dudé en aceptar el desafío queriendo ofrecer al Hermano Álvaro un pequeño signo de gratitud por tantas cosas que la vida religiosa, la Unión de Superiores Generales y yo personalmente hemos recibido a través suyo. Ciertamente mi reconocimiento se extiende ahora a todos ustedes, «Hermanos de las Escuelas Cristianas», a su vida y misión.

Con el correr del tiempo –como ocurre en la parábola de los dos hijos- comencé a dudar quizás algo arrepentido de un sí espontáneo, pero sin la debida circunspección.

Después de leer algunos documentos e intuiciones que prepararon este Capítulo, no se me ocurría algo novedoso para decirles. También para mí esas reflexiones resultaron «un texto “testigo” y “centinela”»...

Es verdad, ¡la vida religiosa siempre ha querido estar abierta a lenguajes, acentos y lugares nuevos, nueva luz e inspiración! Desde esa perspectiva ¿Cómo hablarles de lo que puede significar «SER HERMANOS HOY» a quienes por vocación y profesión religiosa han abrazado tal forma de vida? ¿Qué decirles a quienes –lo sé- han reflexionado tanto sobre el tema? ¿Qué planteo podría presentar a quienes han sido fieles a las constantes invitaciones de la Iglesia a discernir una y otra vez la actualidad del carisma?

Frente a este desafío e imaginando con temor y temblor esta escena, miro hoy al Hermano Álvaro y le pregunto (usando las palabras del reproche de María a Jesús): «¿Por qué me has hecho esto?» (Lucas 2, 48).

Deseando entonces huir en la dirección contraria como un nuevo Jonás (con la excusa de algún viaje o de una complicación en la agenda), les confieso que finalmente medité en ciertas cosas que –ciertamente providenciales- me animaron a estar hoy aquí con ustedes. Son cosas que tienen que ver con la propia vida y vocación.

- En primer lugar, soy el 8º hijo de una **familia de 14 hermanos** (13 varones y una mujer). En familia he aprendido “algo” de lo que significa “ser” o “vivir” con / entre hermanos [¡una experiencia análoga a la de Juan Bautista de La Salle, primogénito de 11!].

- Desde los 6 años y hasta los 18 (Colegio Primario y Secundario) fui **alumno de los Hermanos Maristas** en Buenos Aires, Argentina. He aprendido mucho de ellos. Puedo decirles que he conocido Hermanos a través de los cuales he podido intuir el significado de la entrega, la sencillez, el amor a Jesús y a María ¡la consagración religiosa!, ¡la santidad!

[N. B.: El “*Colegio Champagnat*” se encontraba relativamente cerca del “*Colegio de La Salle*”. Eso alimentaba cierta “rivalidad” ¡que se manifestaba especialmente en materia deportiva! Recuerdo -como un pequeño icono de esta historia- cuando se inauguró públicamente el busto de San Juan Bautista de la Salle en la plaza o parque público que separa de alguna manera los barrios donde se encuentran ambos colegios. Los “*lasallanos*” nos lo remarcaron muy bien, no sin cierta presunción, ¡hasta en las plazas públicas se reconoce a La Salle! ¡Los alumnos maristas debíamos conformarnos con llamar a Marcelino Champagnat “beato”! Fue canonizado el 18 de abril de 1999 ¡he tenido la inmensa alegría de estar presente!].

Confieso haber experimentado por primera vez cierta inquietud vocacional en aquellos años, cuando con 10 años, quería ser “uno de ellos”: un “Hermano” (pero con mayúsculas).

Además de su presencia en el aula (*docencia*), guardo en la memoria otras tres imágenes de los hermanos:

- Compartiendo con nosotros los juegos del recreo, en particular cuando escondían la pelota bajo la sotana (*juego y recreación*);
  - Cuando en silencio estudiaban preparando sus clases en la sala de estudio (*estudio*);
  - Cuando -al atardecer- en el enorme patio del Colegio, ya vacío de alumnos, caminaban –uno al lado del otro- en larga fila horizontal rezando juntos el rosario (*oración*).
- Por esos años, quedé impresionado ante la lectura de la vida de **San Martín de Porres**, hermano dominico que también marcó mi vida. El Convento de noviciado de la Provincia Dominicana Argentina lleva su nombre...
  - Recogiendo otras “florecillas” (*fioretti*) mientras preparaba de alguna manera esta reflexión, constato que **la Congregación fue aprobada por Benedicto XIII** (Fray Vincenzo Maria Orsini, OP) Papa Dominico, en 1724. Además Juan Bautista de La Salle fue canonizado el 24 de mayo de 1900, fiesta de la Traslación de Nuestro Padre Santo Domingo...
  - El primer y hasta ahora único “Santo argentino” canonizado, es el **Hermano Héctor VALDIVIELSO SÁEZ (Benito de Jesús)**, de las Escuelas Cristianas, nacido en Buenos Aires (porteño\*) como quien les habla. Lo mataron *in odium fidei* poco antes de la guerra civil en España, en la llamada “Revolución de Asturias”, siendo canonizado por S.S. Juan Pablo II el 21 de noviembre de 1999. Héctor había sido beatificado el 29 de abril de 1990, (fiesta de Santa Catalina de Siena –dominica-) y ese mismo día se produjo el milagro que abrió las puertas a la canonización nueve años después. [\*porteño: ciudadano de Buenos Aires]

Finalmente vayamos a otro dato “histórico – teológico”, como quien intenta sintonizar aún más profundamente con el tema.

En marzo de 1206, presididos por un legado pontificio, se encuentran en Montpellier los delegados convocados por Inocencio III para predicar en el sur de Francia contra la “herejía albigense” o “cátara”. Están reunidos en concilio con otros preladados y obispos de la región. Ya iniciadas las deliberaciones recibieron a Diego de Osma, Obispo de esa ciudad castellana en España. Lo acompañaba el subprior de su Cabildo catedralicio, Domingo de Guzmán. Conociendo la fama del Obispo castellano los enviados papales discutieron con él acerca del mejor modo como enfrentar la herejía. Ante los alardes de ostentación externa, Diego les propuso la forma de predicación apostólica, en pobreza evangélica, con austeridad de medios y acentuando la fuerza del ejemplo. Diego y Domingo comenzaron a practicar ese modo de vida renunciando a cualquier signo de poder externo. Desde entonces Domingo dejó de utilizar el título de subprior, para llamarse simplemente **“fray Domingo”** (hermano).

Como un hermano entre hermanos reunidos en Capítulo General, después de haber podido estudiar algunos de los documentos que han preparado esta Asamblea, quisiera ofrecerles ahora una reflexión como quien simplemente piensa en voz alta.

## II. PROFETAS EN EL MUNDO ACTUAL

Permítanme hoy reflexionar con ustedes como quien pretende contemplar de cerca “la perla” o “el tesoro” de la Congregación; como quien desea **seguir descubriendo la longitud, anchura y profundidad de LA PROFECÍA LASALLANA: «SER HERMANOS HOY»**.

Ser “profetas”, lo sabemos, no significa ser adivinos, tener la “bola de cristal” o ser expertos en quiromancia y tarot (saber leer las manos y las cartas). El verdadero profeta no es un “gurú” que en estado especial de “*shock*”, habiendo llegado a determinado nivel de perfección o equilibrio interior nos dice casi infaliblemente lo que hay que hacer.

El profeta es llamado por Dios y es enviado también por él a cumplir una misión. Por ello en la Biblia hay siempre tres frases que acompañan el llamado vocacional:

- **«Ve, yo te mando»**: la vocación viene de Dios. Es él quien llama...
- **«No tengas miedo»**: ante el temor del profeta, Dios conforta su corazón...
- **«Yo estoy contigo»**: por ello el Señor asegura al elegido su compañía.

A partir de este llamado y del diálogo con Dios que lo alimenta, **el profeta intenta leer la historia, la situación en la que vive, lo que le pasa a su pueblo, lo que “nos” pasa, en definitiva ¡la realidad!, a la luz de la Palabra de Dios**. Así aprende a ver / leer “más allá”, “más profundamente”, allende de lo inmediato. El profeta no se queda simplemente en el análisis de los datos históricos, sociológicos, psicológicos. No es un “profesional de la palabra” (si bien ha “profesado” –por pura iniciativa divina- su amor a la Palabra). Por ello no se deja arrastrar por la centrifugación del **relativismo** que impide –justamente- ver más allá del acontecimiento o signo.

Al mismo tiempo **el profeta lee la Palabra tomándole el pulso a la historia con sus especiales e irrepitibles coordenadas de tiempo y espacio**. Lee la Palabra tomándole el pulso a lo que ocurre, a lo que está pasando. ¡Dios se manifiesta también a través de los “signos de los tiempos”! Lo que el profeta lee en la Palabra “ayer” (en los diversos contextos históricos, culturales y geográficos) no lo aplica de igual modo “hoy” ni pretende que así sea “mañana”. Los momentos históricos pueden ser semejantes, pero nunca son “fotocopiados” ni “clonados” (tampoco los profetas lo son). Por ello el profeta trasciende toda tentación de **fundamentalismo**.

Tal como “ayer”, durante el tiempo que ha precedido este Capítulo han intentado **reflexionar acerca de lo que significa “hoy” SER HERMANOS.**

Cada época los ha invitado a reflexionar acerca de su vocación (vida y misión). La vida religiosa, los programas, los métodos y actividades escolares, se han ido pensando en el contexto de cada tiempo y ante las preguntas de cada tiempo...

El absolutismo reinante en el siglo XVII –lo sabemos- provocaba nuevos pobres a los cuales el sueño fundacional de Juan Bautista de La Salle quiso ir al encuentro...

Sin pretender agotar aquí el tema y sujetándome a posibles correcciones, podríamos decir que en los siglos XVIII y XIX, el hasta entonces casi exclusivo contexto francés de la Congregación presentó nuevos y propios desafíos. Entre otros quizás el jansenismo y galicanismo que conducían una lucha sin cuartel por la posesión de las escuelas. En la segunda mitad del siglo XVIII corrientes filosóficas como el racionalismo ganaban los espíritus. Con Luis XV, Luis XVI y de modo más manifiesto con la Revolución de 1789, las principales casas de la Congregación -y luego el instituto como tal- habían sido legalmente suprimidos. Ya entrado el siglo XIX se constata el inicio de un período de expansión que alcanzará dimensiones mundiales al comenzar el siglo XX cuando las leyes civiles francesas empujaron al exilio a la mayoría de los religiosos. Mientras las Revoluciones de 1830 y 1848 frenaban cierto crecimiento intentando neutralizar la acción educativa del maestro cristiano y las leyes laicas parecían sofocar el inmenso esfuerzo docente de la Congregación ¡providencialmente los hermanos eran acogidos en los cuatro ángulos del globo!

En ese nuevo contexto el derecho de cada país parecía obstaculizar esta presencia ¡pero la Congregación se fue adaptando de modo singular para asegurar su vocación y misión!

No pretendo señalar estas notas con ánimo triunfalista o pretensiones revisionistas. Simplemente intento leer con ustedes la historia, a grandes rasgos, para descubrir de un modo también nuevo la providencia de Dios.

Los Capítulos Generales han tomado siempre el pulso a la realidad, a cada momento de la vida de la Congregación, contemplando el desarrollo de los países en los cuales los hermanos están presentes, sintiendo con la Iglesia y desde el corazón de la misma porque San Juan Bautista de La Salle quiso siempre su obra “*in medio Ecclesiae*”.

Queriendo ser gráfico y sintético pienso en dos eventos muy diversos entre sí, pero también semejantes (análogos) y definitivamente significativos para la Iglesia en el siglo XX si bien el primero preparó de alguna manera el segundo:

- La promulgación del primer Código de Derecho Canónico (1917).
- La celebración y magisterio del Concilio Vaticano II (1962-1965).

Fiel a ese llamado la Congregación -y toda la vida consagrada- “adaptó”, “acomodó”, “renovó” su vida y misión (y por ende los textos primitivos, reglas y constituciones).

Han pasado 40 años desde el 39º “Capítulo General especial” (reunido en dos sesiones: abril- junio de 1966 y octubre-diciembre 1967). Entonces, en pleno clima de “renovación”, a la luz del Concilio Vaticano II, el Instituto promulgaba junto a otros textos la *Declaratio* sobre «**El hermano de las Escuelas Cristianas en el mundo de hoy**» (Ciertamente un eco “congregacional” de la *Gaudium et Spes*).

Cada generación vuelve a preguntarse lo mismo discerniendo el sentido de su vida y misión desde un nuevo clima eclesial en nuevos contextos culturales, históricos y geográficos... en un mundo en constante cambio (no pretendo describir aquí lo que se lee claramente a través de la participación de todos en el proceso de reflexión previo al Capítulo).

A veces pienso que en el mundo actual se tiende a dar espacio exclusivamente a **palabras equívocas** (palabras que no tienen alguna relación entre sí; que no ofrecen la posibilidad de expresar conceptos o valores permanentes, fundamentales). Por eso, repito, el uso exclusivo de esas palabras lleva a la confusión, al **relativismo** y por ende a la imposibilidad de un verdadero diálogo. De ese modo parece que cada uno entiende / dice simplemente lo que se le ocurre o “siente”, acerca de las cosas que se le ocurren o “siente”...

Frente a ello, una reacción que no se hace esperar. La tentación de pronunciar sólo **palabras unívocas**. Palabras que sólo pueden / deben entenderse de un modo absoluto, exclusivo y determinado o pre-determinado. De ese modo no se consideran los contextos y tiempos diversos, las personas y culturas diversas. Esto lleva de un modo u otro al **fundamentalismo** (que se hace fanático): «Esto es así y sólo ha de entenderse así ¡y se acabó!».

Dios es uno y trino (modelo de “familia” y “comunidad”), y su ser se manifiesta de modo diverso – participado- en la creación sin que por ello se confunda o “disuelva” su Ser en el existir de las criaturas. Dios se manifiesta en la creación, en la historia de la salvación ¡en la economía de la gracia!... de modos diversos y semejantes, ¡análogos! (de allí la unicidad, verdad, bondad, belleza de todo “ente”).

El profeta (el hermano, el educador) pronuncia en nombre de Dios una palabra de acuerdo al tiempo y las circunstancias, teniendo en cuenta también el destinatario de su mensaje. Así:

- **Amonesta** al orgulloso, al que se cree potente, al soberbio.
- **Consuela** al oprimido, al pobre.
- **Anima** al que vacila, a quien desfallece y no tiene fuerza...

Intentando responder a esto como Congregación, proponiendo diversos interrogantes y preguntas, ustedes han querido identificar “iconos *lasallistas*”, “iconos bíblicos”, “iconos de ‘nuestras’ vidas”, que ayudaran a rezar, meditar, reflexionar y responder a la cuestión: «**SER HERMANOS HOY**».

### III. JOSÉ –el soñador–

En esa línea, descubramos juntos, de la mano de un “hermano” muy especial, el paisaje interior de la fraternidad. Me refiero a **José, el hijo de Jacob... el soñador**.

Su historia se presenta efectivamente apoyada en la de su padre Jacob. Su muerte es el **epílogo de la historia patriarcal y a la vez prólogo de la gran epopeya del Éxodo**. No se incluye su nombre cuando Dios se revela o cuando se habla de Dios con la fórmula “el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”. En la vida de José no hay intervenciones espectaculares de parte de Dios; José no habla familiarmente con Dios como lo habían hecho sus antepasados (Abraham, Isaac y Jacob); tampoco recibe una nueva revelación o una confirmación de la promesa divina. Sin embargo Dios está presente en cada acontecimiento de su vida, incluso sabe valerse de los pecados de los hombres para el bien de sus elegidos. A través de la vida de José, Dios prepara secretamente el nacimiento de su pueblo elegido, un pueblo de hermanos, un pueblo que Él conducirá a la libertad.

Sabemos que el pecado original hiere la armonía de la creación, por eso principalmente:

- **Separa de Dios**
- **Separa los hermanos**
- **Separa al hombre de la tierra**

Como si fuese una fotografía del presente en tantas geografías en las cuales ustedes –mis hermanos– están presentes, esa herida o separación llega a niveles increíbles debido a la ignorancia –ceguera– humana.

Recordarán las presuntuosas palabras de venganza y revancha pronunciadas por Lamec a sus mujeres Adá y Silá. Sorprenden por su actualidad: «*Yo maté a un hombre por una herida, y a un muchacho por una contusión. Porque Caín será vengado siete veces, pero Lamec lo será setenta y siete*» (Génesis 4, 23-24).

Con la historia de los patriarcas se comienzan a “reanudar” progresivamente aquellas tres separaciones, a restañar las heridas ya señaladas. Con la fe obediente de Abraham se reanuda la relación con Dios. Jacob termina reconciliándose con su hermano Esaú. José, viviendo en forma sencilla y cotidiana la presencia de Dios, se reconcilia con sus hermanos y sabe relacionarse con los bienes de la creación de forma justa, equitativa, sabia.

Sí, José es un hombre honesto, leal, incorruptible, capaz de perdonar, trata con justicia los asuntos sociales y políticos a través de una distribución equitativa de los bienes y dando de comer a todos.

## 1. Nuestros sueños

**José es llamado “el soñador”** aunque un poco despectivamente. Sus hermanos lo odiaban, ni siquiera lo saludaban. En efecto, José soñaba y contaba sus sueños a los hermanos, pero ellos no los entendían y se burlaban de él rechazándolo.

No me dedico a la interpretación de los sueños o al estudio de lo “onírico”. Con la palabra “sueños” nos referimos también a las ilusiones, las expectativas, ¡las esperanzas!

La vida nos invita de a poco a no prestarles demasiada atención a los sueños ¡suelen engañarnos como espejismos!, ¡son vanos y fugaces! Sin embargo –aún compartiendo ese principio– el Eclesiástico deja constancia de una salvedad: «*a no ser que los envíe el Altísimo en una visita*» (Cf. Eclesiástico 34, 1-7).

Todos hemos entrado a la vida religiosa portando algunos sueños. Algunas preguntas no se hacen esperar:

**¿Qué hemos hecho con aquellos sueños? ¿A dónde fueron a parar? ¿Por qué hemos renunciado tan fácilmente a ellos?**

Volvamos al relato. Los hermanos de José no comprendían sus sueños y le tenían envidia... era el preferido de su padre. Para ellos, los sueños de José eran más bien pesadillas. Como nos pasa a veces en las comunidades, quizás los interpretaban solamente en clave de “competitividad”, preocupados por saber siempre «quién es el mayor» ¡tal como les pasaba a los apóstoles de Jesús!

José es el preferido de su padre, pero éste tampoco llega a comprenderlo. Jacob simplemente «*reflexionaba sobre todas estas cosas*» (como María –madre de Jesús- cuando los pastores la visitaron después del nacimiento de su hijo; o cuando junto a su esposo José –también un soñador- encontraron a Jesús en el templo entre los doctores de la Ley).

El Capítulo General ofrece una ocasión especial para cuestionarnos y para ofrecer respuestas. Ya desde el inicio de la historia de la salvación –después del pecado original y después del primer fratricidio- Dios hace dos preguntas a Adán y Caín respectivamente. Cada uno y toda la Congregación podríamos responderlas en este tiempo tan fecundo que nos toca vivir:

- «*¿Dónde estás?*» (Génesis 3, 9)
- «*¿Dónde está tu hermano?*» (Génesis 4, 9)

Hemos llegado al Capítulo General invitados o enviados desde diversos países, escuelas, obras y Distritos... Hemos recibido de nuestras comunidades algo así como un “mandato” (semejante al que Jacob dio a su hijo preferido): «*Ve a ver cómo les va a tus hermanos y al rebaño y tráeme noticias*» (Génesis 37, 14).

José –como tantos soñadores - “*daba vueltas por el campo*” como desorientado.

[Espero que no se queden dando vueltas por Roma en lugar de venir a las sesiones capitulares aunque –como ésta- puedan resultar algo aburridas].

En el relato del Génesis alguien parece volver a José a la realidad preguntándole: «*¿Qué estás buscando?*». José respondió: «*Busco a mis hermanos. ¿Puedes decirme dónde están...?*» (Génesis 37, 15-16).

Sin pretender forzar los textos creo que ambas preguntas también ofrecen un marco para comprender más profundamente la vida y vocación del soñador (vida y vocación que él mismo descubrirá con mayor claridad años después). Repito, son las preguntas que nos estamos haciendo hoy y que el Capítulo intentará responder.

Sus hermanos lo divisaron de lejos y dicen: «*Ahí viene el soñador*»... y luego «*¡Veremos entonces en qué terminan sus sueños!*».

La vida religiosa ofrece a cada uno la posibilidad de contar los propios sueños a los demás, porque –justamente- “los demás”, “los otros” ¡son “nuestros hermanos”!

**¿Hacemos partícipes de nuestros sueños a los hermanos? ¿Qué es lo que nos impide hacerlo?**

Como tantos otros religiosos y religiosas, hemos elegido un modo de vida que, aún asumiendo ciertas observancias “monásticas” o “regulares”, no nos sujeta necesariamente a determinado puesto, cargo, lugar, escuela, obra. Somos itinerantes y peregrinos. El itinerante (según el modelo de los apóstoles) se sabe enviado y por ello sabe a dónde va, confía en quien lo ha enviado y por ello ama el lugar a donde es enviado.

Cuando llegados a casa o a la comunidad y “no podemos” o “no queremos” contar nuestros sueños a nuestros hermanos nos convertimos más bien en:

- **vagabundos** (desorientados y sin rumbo);
- **fugitivos** (buscando quizás fuera de casa alguien que nos escuche);

- **extranjeros** o **forasteros** en la propia casa (perdemos las referencias, no sabemos cómo comportarnos).

José sufre porque ha sido rechazado por sus hermanos y si bien no entiende lo que le sucede poco a poco comprenderá que Dios no lo ha abandonado. José es guiado misteriosamente por la Providencia.

José es pastor como sus hermanos. Cuando todos hacemos las mismas cosas, a veces no nos gusta que alguien sea diferente, distinto. Este es un enorme desafío. Vivimos tiempos en los cuales pareciera que cierto “narcisismo individualista” también adquiere “máscaras gregarias”. Se forman grupos cerrados, bandas, maras, *gangs* o *fans* que incluso repiten escrupulosamente conductas creando nuevos mitos. No aceptan diferencias sino para identificarse a sí mismos y para combatir de diversos modos a quienes “**no son de los nuestros**” ¡Como le sucede al joven y algo intolerante apóstol Juan! (Cf. Lucas 9, 49 y 9, 54).

En la vida de las comunidades suelen aparecer este tipo de actitudes a través de frases como «**aquí siempre se ha hecho así**»; «**si no le/s gusta que se vaya/n**». Es curioso y hasta paradójico, porque en tiempos de escasez vocacional (al menos en algunos sitios, países o regiones) mientras pedimos que el Señor nos envíe santas y numerosas vocaciones, miramos con microscopio a cada uno (no me refiero ciertamente al necesario discernimiento vocacional) y llegamos a pensar incluso que quizás seríamos más felices si “ellos” no hubiesen llegado con su equipaje de preguntas, sueños, ilusiones y modos de ser hermanos.

Disculpen si me tomo el atrevimiento de citar en este sentido a mis últimos tres predecesores ¡hermanos y maestros! Cada uno de ellos, en contextos diversos y en mensajes diversos, han hecho preguntas que han dado en el blanco.

[Es verdad, a veces –como pasa a menudo en el Evangelio- tienen más fuerza algunas preguntas que respuestas: “¿Ustedes quién dicen que soy?” (Mateo 16, 15); “¿También ustedes quieren irse?” (Juan 6, 67); “¿Me amas más que estos?” (Juan 21, 15)].

Santo Domingo de Guzmán deseaba dejar organizada la Orden para luego partir más allá de los límites de la “Cristiandad” para poder evangelizar a los “cumanos” (un pueblo pagano, muy agresivo... -en italiano podríamos llamarlo: “*irriducibile*”-). Fray Vincent De Couesnongle (Maestro de la Orden 1974-1983) solía preguntar proféticamente a los frailes: «¿Dónde están mis cumanos?».

En este contexto les preguntaría:

**“¿Dónde están hoy mis / nuestros pobres, niños y jóvenes, aquellos a los cuales quería buscar y acoger de modo preferencial San Juan Bautista de La Salle?”.**

Fray Damian Byrne (Maestro 1983-1992) con gran sentido común –cuando muchos se lamentaban por la falta de vocaciones- desafiaba: «Antes de preguntarnos por qué no tenemos vocaciones deberíamos preguntarnos más bien para qué las queremos».

**¿Para qué queremos hoy vocaciones de Hermanos de las Escuelas Cristianas?**

Conocen seguramente a fray Timothy Radcliffe, un hermano predicador, itinerante y mendicante de la verdad (Maestro 1992-2001). Refiriéndose a las vocaciones en la Familia Dominicana preguntaba: «¿Estaríamos dispuestos a aceptar en nuestras comunidades a “nuevos Tomás de

Aquino” -con sus típicos cuestionamientos- o a “nuevas Santa Catalina de Siena” -con su conocido coraje y pasión-?»

Pensando en aquellos hermanos que la Congregación venera y alaba -verdaderos iconos de la vocación lasallana- corresponde preguntarse:

***¿Tendríamos hoy el coraje de acoger hoy vocaciones como la de aquellos hermanos que veneramos, con la pasión por Dios y por la humanidad que los caracterizaba?***

[Volviendo a la historia de José, no pretendo entretenerlos en el episodio del ataque de sus hermanos, la confabulación y posterior venta a los madianitas o ismaelitas, tampoco en el papel de Rubén o Judá según las diversas tradiciones que se entretajan en la narración del Génesis].

## **2. Los sueños de los demás (Los sueños de nuestros hermanos)**

Hay una frase que en la vida de José se va repitiendo como una antífona responsorial, como una constante: *«El Señor estaba con él»*.

José es vendido a Putifar, funcionario del Faraón, capitán de guardias. Putifar aprecia rápidamente las cualidades de José y lo nombra mayordomo poniéndolo al frente de su casa y confiándole la administración de todos sus bienes...

Seamos sinceros, uno conoce algunos hermanos de comunidad y piensa ¡Ay de los soñadores que son nombrados administradores! Sin embargo en esta historia... este paso ayuda a nuestro hermano José para que –digamos- aprenda a aterrizar sus sueños (fíjense que no digo “a dejar de soñar”, sino más bien “a aterrizar sus sueños” ¡a hacerlos realidad! ¡a encarnarlos!).

A medida que pasan los años, las diversas tareas encomendadas en las comunidades y obras, nos ayudan a ir “aterrizando” nuestros sueños aunque esto adquiera cierta perspectiva negativa. Todo Capítulo General (o cualquier reunión de hermanos) debiera servir para volver a la pregunta ya hecha:

***¿Qué hemos hecho de los sueños que trajimos a la vida religiosa? ¿Qué hemos hecho del amor inicial?*** (Cf. Apocalipsis 2, 4)

José nuevamente se ve envuelto en la mentira. Su honradez no es recompensada. Conocemos lo que le pasa con la mujer de Putifar. No me referiré a las tentaciones que surgen cuando a veces los sueños (el amor inicial) se entibia ante la sucesión de los días, los trabajos, las tareas que nos ocupan ¡la cotidianidad de lo cotidiano! Simplemente quisiera detenerme en dos aspectos que tocan de cerca lo que puede significar **«SER HERMANOS HOY»**

Si hay algo que me impresiona cuando visito las provincias y comunidades es el demasiado fácil recurso a **la denuncia y la acusación**. Lo usamos muchas veces para justificarnos, para tomar distancia de los problemas o de lo que está pasando. Lo usamos para tomar distancia de lo que le pasa a un hermano ¡de lo que nos pasa!

Me disculparán, pero entonces pienso en las palabras con las cuales el Apocalipsis describe de alguna manera la tarea del Diablo a quien llama el **seductor**, *«el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba ante Dios día y noche»* (Apocalipsis 12, 10).

Al contrario, San Juan, en su primera carta nos consuela y alienta cuando constatamos nuestras faltas y pecados: «*Pero si alguno peca, tenemos un defensor ante el Padre: Jesucristo el Justo*» (1 Juan 2, 1)

*¿Cuál es nuestro “papel” cuando nos referimos a nuestros hermanos: somos sus acusadores o defensores?*

José fue a parar a la cárcel... «*Pero el Señor estaba con él y le mostró su bondad*». En efecto, hizo que se ganara la simpatía del jefe de los carceleros y éste confió a José todos los presos que había en la cárcel. A partir de entonces él dirigía todo lo que allí se hacía. El jefe de los carceleros no vigilaba absolutamente nada de lo que había confiado al soñador, porque el Señor estaba con él y hacía prosperar todo lo que él realizaba.

El soñador parece dejar definitivamente ese “rol” y se convierte definitivamente en un buen administrador. Sabemos en qué consiste administrar. Dar a cada uno lo que necesita ¡no necesariamente “lo que pide”!

José no ha sido pagado hasta ahora según justicia. Ha conocido el odio de sus hermanos; luego -en casa de Putifar- su honradez le ha devuelto mal por bien...

No obstante, José era un hombre justo. Esa es la virtud por antonomasia en el Antiguo Testamento. Si bien en ese contexto adquiere características de “santidad”, vale la pena detenernos en la justicia de José.

La tradición romana clásica o más bien “romanista” (no me refiero “*ai tifosi dell’ Associazione Sportiva Roma*” sino a la historia del Derecho) de la que también es deudor nuestro querido hermano Santo Tomás de Aquino, afirma que **justo es aquel que practica la justicia**. Ser justo no significa obrar según justicia en algún caso aislado... Si hablamos de **virtud de la justicia** (hábito bueno) entendemos por ello **la perpetua y constante voluntad de dar a cada uno lo suyo** (“lo suyo” es “lo que le corresponde a cada uno”). ¿Cuál es la medida objetiva de “lo que le corresponde” a cada uno? Podríamos decir que “su derecho” es lo que corresponde a cada uno en justicia. El derecho en definitiva es el objeto de la virtud de la justicia.

La justicia exige siempre la relación con **el otro**. En sentido estricto no se puede ser justo consigo mismo (como sí uno puede ser prudente, fuerte o templado consigo mismo).

Volvamos a la historia del “soñador”. Llegan a la cárcel donde está José dos funcionarios del Rey de Egipto: el copero mayor y el panadero mayor. ¡Son los que aseguran al Faraón el pan y el vino en su mesa!

Resulta que ambos, en el transcurso de la misma noche, tuvieron un sueño, cada uno con su significado propio. Pareciera que hace ya tiempo que José ha dejado de soñar (o al menos no cuenta a nadie sus sueños). Las experiencias que le han tocado vivir lo han devuelto a una dolorosa realidad: el desamor de sus hermanos, la mujer de Putifar, la cárcel... ¡tantas mentiras! (acusaciones y denuncias).

En el documento que me han dado a leer es interesante contemplar cómo los hermanos de cada continente nos transmiten las realidades que viven. Algunas –es cierto- parecen verdaderas pesadillas; otras manifiestan bellas experiencias vocacionales que dilatan el alma y hacen soñar un futuro mejor.

José es un administrador. El administrar “para otros” y teniendo en cuenta “las necesidades de los otros” (recordemos la virtud de la justicia) hace que José también aprenda o descubra en esta etapa de su vida, aún en la cárcel, que los otros también tienen momentos de tristeza.

José está preso, ha rumiado una y mil veces su historia pero no se cierra en sus propios pensamientos, no queda paralizado mirándose el propio ombligo. Atento y contemplativo, compartiendo la misma prisión, sólo él es capaz de darse cuenta del rostro deprimido de los dos funcionarios del Faraón. Entonces les pregunta «*¿Por qué están hoy con la cara triste?*» (Génesis 40, 7).

No se trata de un reto de reprobación, se trata de una constatación que -dentro de una cárcel- adquiere una cierta relevancia ¿Se podría estar en una prisión con otra cara?.

José ve más allá. Verdaderamente no hay frase más simple que esa: «*¿Por qué esa cara triste?*» (¡y de veras cuánta vida puede contener!).

La vida comunitaria de cada día nos familiariza con frases –también cotidianas- que están preñadas de vida. Hay diálogos de muy sencillos comienzos que terminan siendo muy fecundos. Conocemos la simple invitación de Jesús a la Samaritana: «*Dame de beber*» (Juan 4, 7)... También aquella a los discípulos de Emaús: «*¿Qué comentaban por el camino?*» (Lucas 24, 17). Conocemos el resto de ambas historias también.

Los compañeros de prisión de José dicen: «*Hemos tenido un sueño y aquí no hay nadie que lo interprete*». José reconoce humildemente: «*la interpretación es obra de Dios: pero de todos modos cuéntenme lo que soñaron*» (Génesis 40, 8).

Este episodio en la vida de José me parece significativo. Él no es el único que tiene sueños. “Los otros” también tienen sus propios sueños (¡o pesadillas!). No basta, como en su juventud (¿en la nuestra?) pretender que los demás se detengan a escuchar nuestros sueños... Llega un momento en el cual es necesario descubrir no sólo la “existencia” y/o “presencia” de los hermanos. Es clave interesarnos por lo que les pasa, es vital saber que ellos también tienen sueños.

¡Qué importante es reconocer los sueños de los demás! Me refiero especialmente a los sueños de los hermanos, los sueños de aquellos que viven con nosotros y de todos aquellos que comparten nuestra vida de alguna u otra forma: colaboradores, asociados, alumnos, colegas en el aula y en la escuela. Pienso en los sueños de la gente; de aquellos que llamamos “el común de la gente” o “la gente común”. El círculo crece, es necesario conocer los rostros y los sueños de aquellos a quienes queremos servir...

Es verdad, “interpretar” es obra de Dios, pero sabemos que Él nos quiere sus instrumentos. Entender, comprender, interpretar lo que les pasa a los hermanos (sus sueños, expectativas, ilusiones, miedos, angustias), exige de nuestra parte silencio y paciencia; escucha y atención; prudencia y docilidad...

La prudencia es la principal de las virtudes morales pues es guía y maestra. Pero para ser prudentes es importante ser dóciles. La *docilitas*, en efecto, es parte de la virtud de la prudencia. La docilidad después de todo no es otra cosa que “**el-saber-dejarse-decir-algo**”.

[¡Tenemos quizás una idea muy servil o peyorativa de lo que significa ser dóciles como si simplemente fuera mover la colita como un perrito que recibe una orden y se lo premia luego con un bizcocho o galleta!].

Conocemos lo que pasó con José. El soñador interpreta los sueños de ambos funcionarios (para uno un sueño y volver a vivir; para el otro una pesadilla y la muerte). Los vaticinios se cumplieron.

José le pidió al copero que no se olvidara de él cuando saliera de la cárcel... pero éste se olvidó (cómo fácilmente se olvidan los sueños). Una vez más José sufre en carne propia el olvido de los demás.

En nuestra vida comunitaria y apostólica sufrimos muchas veces dificultades diversas; son experiencias de libertad limitada por distintas circunstancias de la vida: determinadas tareas, trabajos, ocupaciones, enfermedades físicas, psicológicas o del espíritu.

A la luz de la difícil experiencia de José podemos contemplar nuestras propias actitudes y su relación con los hermanos. José, un hermano como nosotros, ante esas dificultades:

- **No se hace la víctima.** ¿No solemos acusar siempre a los demás de todo lo que nos ocurre como responsables / culpables de nuestra suerte?
- **No alimenta un sentido trágico de la vida.** ¿No agotamos y agostamos nuestra vida fraterna rumiando interminables letanías como “la vida no tiene sentido”, “Ya lo dije...” o el “Ay, ay, ay, ay” de turno, etc.?
- **No reduce aquello que vive a un problema de culpa.** ¿No solemos echarnos la culpa de todo quizás buscando tortuosamente la compasión de los demás?
- **No alimenta deseos de venganza.** ¿No caemos en la tentación de imitar a Herodías, compañera de Herodes, exigiendo en bandeja la cabeza de los supuestos enemigos considerados obstáculos del propio bienestar o felicidad? ¿No fomentamos a veces incluso actitudes de violencia física o psicológica en la comunidad?
- **No se pasa el día apelando a las autoridades para intentar conmoverlos.** ¿Además de pasarnos la vida mirándonos el ombligo no pretendemos quizás que los demás hagan lo mismo: miren nuestro ombligo?
- **No opta por auto lesionarse.** ¿Buscamos ser el centro a través del recurso a que nos tengan lástima?

**José pone su confianza en Dios. Se hace disponible a sus compañeros de suerte ayudándolos en todo lo que le sea posible. De ese modo Dios va purificando su corazón e inteligencia, su alma ¡su vida!**

Nosotros, al contrario, quizás nos escondemos detrás de diversos modos de auto conmisericordia, más o menos disfrazados de humildad, que nos van alienando de los demás, nuestros hermanos, y de la realidad.

La historia de José adquiere un dramatismo que parece ir *in crescendo*. ¡Resulta que los magos y sabios de Egipto no logran descifrar los sueños del Faraón! El copero ahora se acuerda de José y éste es llamado a interpretar los sueños de la más grande autoridad en Egipto. José vuelve a insistir «No soy yo sino Dios, el que dará al Faraón la respuesta conveniente» (Génesis 41, 16).

La vida de hermano, sin otra pretensión que eso: ser hermano, nos lleva a **escuchar los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los hombres y mujeres de hoy** (Cf. *Gaudium et Spes* 1). ¡Cuántos niños y jóvenes tienen sueños para los suyos, sus familias, sus pueblos, sus países! La labor del hermano exige escuchar, conocer e interpretar esos sueños.

**¿Por qué a veces no creamos el espacio necesario para que nuestros hermanos puedan contarnos sus sueños? ¿Qué cosas o actitudes lo dificultan?**

No pretendo ahora constituirme en intérprete de sus sueños capitulares augurándoles un tiempo de “vacas y espigas gordas” si acaso la desesperación los ahoga... o -al contrario- vaticinarles un tiempo de “vacas y espigas flacas” si la presunción ha quizás emborrachado sus corazones...

El Faraón reconoce la prudencia y sabiduría de José y lo nombra Primer Ministro, poniéndolo al frente de todo el territorio de Egipto. José tenía treinta años. Podríamos decir que José es un hombre maduro, si bien tiene aún la vida por delante.

En esta etapa de su vida José ya no se deja ya llevar por los sueños de su adolescencia. Son tiempos definitivamente mejores para él. Ya puede dar vuelta la página de su vida –hasta ahora- triste y amarga. El nombre que pone a sus dos hijos manifiesta ese deseo: *Manasés* (Dios me ha hecho olvidar por completo mis penas y la casa paterna) y *Efraím* (Dios me ha hecho fecundo en la tierra de mi aflicción).

El buen administrador es el hombre realista por excelencia; es quien controla y gestiona; siembra y cosecha; recoge y distribuye; tasa y mide; paga y cobra. En el Evangelio Jesús usa la imagen del administrador en varias parábolas –recordamos especialmente la de los talentos- para hablar de la fidelidad.

Creemos y enseñamos que “**Dios es eterno**”. Es verdad que esa palabra y la realidad que significa no es fácil de comprender para aquellos que vivimos sujetos a las coordenadas del espacio y del tiempo. No podemos decir de modo simplista que la eternidad es “algo que dura mucho” o “que es muy grande”. Concepto filosófico difícil de comprender y transmitir, en la tradición bíblica suele ser traducido en un lenguaje afectivo que se nos hace más fácil de captar: **Dios es fiel**.

José es un hombre fiel, y lo manifiesta en su trabajo de administrador. Ha sido fiel en lo poco y lo será en lo mucho.

Hasta este momento, estamos asistiendo a un final feliz y largamente esperado. ¡Como el de un film de *Hollywood*! Si en el Antiguo Testamento la bendición de Dios se manifestaba principalmente en la buena salud, la descendencia y la abundancia de bienes ¡entonces José es realmente un bendito de Dios! José administra la riqueza, ha formado una familia en la tierra que lo ha aceptado como su hijo adoptivo, es justo y sabio, teme a Dios. ¡Ahora sí podrá dar vuelta la página y olvidar!

Pero –al menos en la Biblia- sabemos que no es bueno “olvidar”. El pueblo, el hombre justo que sufre, el perseguido, piden a Dios: “no nos olvides”. Dios también pide a su pueblo que no olvide su Alianza y sus Mandamientos...

Es importante hacer / tener memoria. Sabemos el significado etimológico de recordar (re: de nuevo / *cor-cordis*: corazón) y de “remember” (re: de nuevo / *member*: organizar o unir lo que está suelto o –justamente- “desmembrado”). José debe recordar y hacer memoria de la propia historia, de la historia de la propia familia.

Una vez terminados los años de abundancia- el pueblo sintió hambre y pedía a gritos al Faraón que le diera de comer. Éste respondió: «*¡Vayan a ver a José y hagan lo que Él les diga!*» (Génesis 41, 55). (Son palabras semejantes a las que María dijo a los servidores en Caná de Galilea, cuando se

acabó el vino). De todas partes iban a Egipto a comprar cereales a José, porque el hambre assolaba toda la tierra.

### 3. Los sueños de Dios

En su tierra, golpeada por la sequía y el hambre, Jacob amonesta a sus hijos: «*¿Por qué se quedan allí mirándose unos a otros?*» (Génesis 42, 1). Ha oído que en Egipto vendían cereales... por ello sentencia: «*Vayan allí y compren algo para nosotros. Así podremos sobrevivir y no moriremos*» (Génesis 42, 2). Sabemos de dónde le viene a José ese sentido práctico. Jacob ha sido siempre muy práctico (incluso se ha permitido hacer trampa muchas veces para salirse con la suya... en esto José es diverso).

**¿Podemos reducir “nuestra vocación de hermanos” o “el ser hermanos” a “sobrevivir como hermanos”?**

Dios quiere la vida ¡no quiere simplemente que “sobrevivamos”! Pienso en esto imaginando sus escuelas, sus obras, las aulas llenas de chicos y chicas, muchachos y muchachas.

Cada vez es más evidente y profética la intuición de hombres y mujeres como San Juan Bautista de La Salle y tantos otros fundadores y fundadoras que han entregado sus bienes y se han entregado a sí mismos para el bien de los demás, para educar al pueblo (cf. 2 Corintios 12, 15).

[Hoy la posibilidad o no de tener una buena educación marca o determina el futuro de naciones y pueblos. Por eso –qué terrible- la educación NO suele ser buena la prioridad para muchos que detentan el poder. Las trabas burocráticas, las discusiones estériles –sobre temas accidentales- sirven de cortina de humo para ocultar ese tema. ¡En cambio, si acaso se tratase de temas que tocan al consumo, la compra y venta de bienes o servicios no “esenciales” sí hay políticas agresivas, directas, fuertes, determinadas, claras!].

Dios ama la vida y quiere que vivamos y vivamos en abundancia (cf. Juan 10, 10). En el Triduo Pascual hemos hecho memoria de la pasión, muerte y resurrección de Jesús.

No soy experto en Biblia pero podría decir sin temor a equivocarme que el insulto más terrible que la pasión de Jesús nos ofrece no son tanto las burlas, las escupidas o los puñetazos; la flagelación o la coronación de espinas; el cargar la cruz o el ser clavado a la misma. El insulto que resume de veras el drama de la cruz lo encontramos en una frase corta y lacerante, antigua y moderna: «*¡Sálvate a ti mismo!*» (Es como decir: “arréglate como puedas”; “haz la tuya”; “es tu problema, no el mío”; “allá tú”...).

José tenía plenos poderes sobre el país y distribuía raciones a toda la población. José es un hombre justo, lo hemos dicho.

Pero a veces pensamos que la justicia se agota en el típico modelo contractual - comercial (lo que se llama “justicia conmutativa”). Volvamos a los romanos y su derecho. Su genio práctico hizo que encontrarán un nombre para todos los “contratos” (acuerdos civiles y/o comerciales). Pero había contratos que no tenían un nombre propio.. Entonces los llamaron “innominados” y crearon fórmulas para de alguna manera abarcarlos a todos:

- “*do ut des*”: doy para que des;
- “*facio ut facias*”: hago para que hagas;
- “*do ut facias*”: doy para que hagas;
- “*facio ut des*”: hago para que des.

Sabemos que hay una justicia que es propia de quien detenta cierta autoridad y se llama “justicia distributiva”. En efecto quien tiene autoridad no pretende dar o exigir lo mismo a / de todos los que tiene a su cuidado. Reparte o distribuye, exige o pide de un modo “proporcional” y no meramente “aritmético” ( $1 = 1$ ).

Eso es lo que hace quien distribuye los platos de comida según las necesidades (o gustos) de cada uno de los comensales sin que por ello pueda ser tachado de injusto. Así el hermano en el aula exige o pide a cada alumno lo que le corresponde (lo suyo) teniendo en cuenta una medida de justicia que es proporcional (según cada uno, sus capacidades, dificultades, etc.) Eso no significa hacer acepción de personas (la parábola de los talentos vuelve a ser gráfica en este sentido).

La vida comunitaria, la vida fraterna en común, no se construye solamente en base a una justicia conmutativa (aritmética) sino también de acuerdo a la justicia distributiva (o proporcional).

[Por supuesto que en nuestra vida cristiana, en la vida fraterna en comunidad es el amor la raíz o el presupuesto teológico, el alma que da vida, anima y señala la finalidad última de nuestra vocación].

José es el administrador. Ha llegado ahora, finalmente, a “tener todo bajo control”. Pero cuando todo parecía “OK” ¡He aquí que sus hermanos llegan a Egipto!

Sin conocer la identidad de quien los recibe, ellos se postran ante él con el rostro en tierra. José sí los ha reconocido pero los trata como si fuesen extraños... (Conocemos los detalles por lo tanto no me detendré en ellos).

Quizás recuerden la primera frase que en la Biblia el hombre (varón) pronuncia frente a la mujer. Me refiero a las palabras de Adán frente a la compañera que Dios le dio: «*¡Esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos!*» (Génesis 3, 23). (¡De alguna es el primer “piropo”!)

Son palabras muy orientales, de la buena tradición hebrea. Imágenes físicas o materiales -carne y huesos- se usan para describir realidades más profundas, espirituales: la complementariedad, la “ayuda adecuada”.

Descubrimos en esas palabras, en contextos diferentes y a la vez semejantes, una profunda analogía. Podemos aplicarlas por ello a la fraternidad. José está frente a sus hermanos, ellos son sangre de su sangre, “astillas del mismo palo” diríamos en castellano latinoamericano.

José los reconoce. Cuando pensaba darle definitivamente la espalda a su pasado (al que había querido controlar como controlaba los bienes que administraba), se enfrenta cara a cara con su historia, con su propia vida. No podemos esconder o dejar entre paréntesis los diversos aspectos de nuestra vida. A veces quisiéramos hacerlo pero ya no seríamos hombres sino apariencias, “muñones o despojos de humanidad”. De allí la importancia bíblica del “recuerdo” o “la memoria”.

José entonces «*se acordó de los sueños que había tenido acerca de ellos...*» (Génesis 42, 9). Entonces los trató con dureza y los puso a la prueba.

En el contexto de las discusiones teológicas de su tiempo, San Gregorio Nacianceno decía: «**Lo que no se asume, no se salva**» (no se redime, no se sana). Contra Apolinar, Gregorio (junto a Ireneo y Dámaso) se refería al Verbo de Dios –el Hijo- quien en el misterio de la unión hipostática asumió la naturaleza humana (completa: cuerpo y alma).

Esa verdad, lo sabemos, la hemos aprendido analógicamente en ámbitos tan diversos como semejantes: el de la pedagogía y la docencia: lo seguimos aprendiendo en la historia y en nuestra propia historia; en la vida e historia de nuestras comunidades y de nuestros Institutos. Es una constatación cotidiana que toca los diversos aspectos de la vida: el físico y biológico; también el psicológico y sociológico; el moral y espiritual.

Cuando el “soñador” hubiese preferido olvidar... la pregunta de Dios a Caín vuelve a sonar en las entrañas de José: «**¿Dónde están tus hermanos?**». Aquella búsqueda de su juventud –proemio a una etapa dolorosa de su vida - vuelve con renovado dramatismo: «**Busco a mis hermanos ¿puedes decirme dónde están...?**». La respuesta de la providencia divina –que nunca lo ha abandonado- convulsiona su corazón: **¡están allí, frente a él!**

Algo semejante nos sucede cuando miramos en torno y re-conocemos quiénes son nuestros hermanos. **¡Éste / éstos son mis hermanos!** (y no el / los que imagino).

Cuando Dios pidió a Caín por su hermano, él –evitando responder la verdad- se escondió detrás de su propia pregunta: «**¿Acaso soy el guardián de mi hermano?**». **En Cristo, y desde la vocación que nos ha convocado, no podemos repetir esa escena. Es verdad no somos “guardianes de nuestros hermanos” ¡somos nada más y nada menos que HERMANOS DE NUESTROS HERMANOS!**

Hay mucho que reconciliar en la familia de Jacob y hace falta mucho tiempo para ello. En el Génesis vemos como es necesario proceder por etapas. No es posible un ritmo “empresario” para sanar las heridas personales y comunitarias... Éstas sólo se salvan o redimen a través de un ritmo eminentemente contemplativo.

[La historia de José y sus hermanos continúa con la vuelta de éstos a Canaán; el segundo viaje a Egipto; un nuevo encuentro con José; la última prueba de José a sus hermanos; la intervención de Judá a favor de Benjamín; etc.]

Vayamos al desenlace. José ya no pudo contener su emoción y dice a los suyos: «**“Yo soy José”... “Acérquense un poco más”** y cuando ellos se acercaron, añadió **“Sí, yo soy José, el hermano de ustedes, el mismo que vendieron a los egipcios”**... Después besó a todos sus hermanos y lloró mientras los abrazaba. Sólo entonces, sus hermanos atinaron a hablar con él» (Génesis 45, 3-4. 15).

Las lágrimas parecen definitivamente limpiar la mirada de su corazón. A través de este verdadero tsunami afectivo, habiendo pasado 15 años desde aquel terrible episodio cuando fue vendido por sus hermanos, es capaz de descubrir ahora el sentido de toda su vida y de todo lo que ha pasado... Ha debido recorrer un camino largo y tortuoso para purificar, reconstruir y reconciliar su historia fraterna.

Sus palabras iluminan: «**Ahora no se aflijan ni sientan remordimiento por haberme vendido. En realidad ha sido Dios el que me envió delante de ustedes para preservarles la vida. Hizo que yo les precediera para dejarles un resto de tierra y salvarles la vida librándolos de una manera extraordinaria... Ha sido Dios y no ustedes el que me envió aquí...**» (Génesis 45, 5-8).

Esta reacción no es simplemente fruto de emociones pasajeras. Tiempo después, al ver que su padre Jacob había muerto, los hermanos de José se dijeron. «**¿Y si José nos guarda rencor y nos devuelve todo el mal que le hicimos?**». Frente a él se postraron y dijeron: «**Aquí nos tienes: somos tus esclavos**». Pero José respondió: «**“No tengan miedo. ¿Acaso yo puedo hacer las veces de Dios? El**

*designio de Dios ha transformado en bien el mal que ustedes pensaron hacerme, a fin de cumplir lo que hoy se realiza: salvar la vida de un pueblo numeroso. Por eso no teman, yo velaré por ustedes y por las personas que están a su cargo” y los consoló, hablándoles al corazón».*

José, el soñador, tuvo dificultades con sus hermanos cuando quiso darles a conocer sus sueños. Eso marcó su vida. Pero la misma vida poco a poco le hizo reconocer, descubrir, que también los demás tienen sueños. Desde esa experiencia ha escuchado los sueños ajenos e incluso ha querido –en nombre de Dios- interpretarlos. Pero no imaginó que al abrirse a esa posibilidad (sentir como propias las necesidades ajenas, escuchar pacientemente a los demás y hacer lugar a los demás en su corazón) Dios le estaba dando a conocer sus propios sueños -“¡Los sueños de salvación y liberación!”- para él, para sus hermanos, para su pueblo.

Si nuestros sueños manifiestan nuestros proyectos, ilusiones, ideales... El escuchar los sueños de los demás puede abrirnos el corazón a los proyectos, ilusiones, ideales y expectativas de los otros... ¡Pero los sueños de Dios para cada uno de nosotros y para todos los hermanos señalan el sentido más profundo de nuestra vocación! ¿Acaso la propia vocación no es la expresión concreta de los sueños que Dios tiene para cada uno y para todos?

Podríamos decir que cuando Dios nos revela sus sueños (como lo hará también con José –prometido de María- cuando el carpintero decidió repudiarla en secreto) nos da a conocer un camino vocacional que supera todo lo que pudimos soñar, desear o pensar para nosotros y para los demás; todo lo que los demás podían soñar para nosotros...

La historia de José termina –¿podía ser de otra manera?- con un último “sueño”... (entendido ahora como “revelación”): «Finalmente José dijo a sus hermanos: “Yo estoy a punto de morir, pero Dios los visitará y los llevará de este país a la tierra que prometió con un juramento a Abraham, Isaac y a Jacob”» (Génesis 50, 24).

Es el preludio a la historia vocacional de un pueblo, no solamente de una familia.

#### IV. SEAMOS PERFECTOS

José es el prototipo del hombre justo, del prudente, del sabio. Un verdadero hermano. Ya hemos hablado de la justicia. La prudencia es la virtud de la razón práctica que relaciona los principios del obrar moral con la realidad tal como se presenta aquí y ahora. La sabiduría principalmente consiste en distinguir entre tantas cosas qué es lo principal, lo necesario y qué es lo accesorio y secundario. Qué es lo sustancial y qué lo accidental. De este modo hemos comprendido la vida y misión de José que no ha querido centrar en él toda la historia.

Esta historia de fraternidad, gozos y esperanzas trenzados con dolor y angustia, nos ayuda a comprender a la luz del Evangelio qué significa la “perfección”. Después de todo, la llamada de Jesús -nuestro hermano- es una vocación a la perfección: «*Sean perfectos como el Padre celestial es perfecto*» (Mateo 5, 48).

Pero vaya a propósito una última reflexión. Hermanos: ¡Cuánto tiempo hemos perdido y cuántas energías hemos gastado corriendo detrás de una idea/imagen de perfección ciertamente equivocada! La hemos identificado más con un “imperativo categórico” que con **una invitación / llamado / vocación a la bienaventuranza en Dios.**

Hemos confundido ese deseo de felicidad, la pasión por Dios y por los hermanos con un implacable “no equivocarnos nunca” (o no cometer errores). Hemos cargado la vida cotidiana –la nuestra y la de los hermanos- con pesados fardos y cargas a fuerza de un voluntarismo que ha llegado a asfixiar las energías generosas del alma (inteligencia y corazón).

Sigamos caminando, somos peregrinos, para aprender más y más a «**SER HERMANOS HOY**». Necesitamos descubrir más profundamente el sentido de esa “perfección”.

José nos ha ayudado a hacerlo. Vaya por ello una síntesis final.

## 1. La palabra

Un periodista contaba a propósito de la muerte de Vittorio Gassman, que el famoso actor italiano – amigo suyo- le confió alguna vez: “**la palabra está enferma y quisiera sanarla**”. Como maestro y profesor de actores, dicen sus alumnos que él no solamente era muy exigente, sino que insistía sobre todo y ante todo en el valor de la palabra pronunciada, en la expresión, etc (sin duda se refería también a aspectos más profundos, o quizás los intuía). Asistimos a un divorcio, una brecha, entre la palabra pensada, pronunciada y vivida (pensamiento, palabra, vida).

Al comenzar el libro del Génesis contemplamos cómo Dios crea el universo a través de **LA PALABRA**. ¡Dios pronuncia las cosas y las cosas existen!

En Cristo, Dios ha sembrado en nuestros corazones cierta perfección: la de poder **pronunciar palabras creativas**, que den vida...

En este nuevo Capítulo General:

**¿Qué palabras queremos pronunciar como hermanos de las escuelas cristianas al mundo de hoy o –mejor- para que todos tengan vida?**

Sabemos por experiencia que con nuestras palabras podemos herir e incluso podemos llegar a destruir a los hermanos... ¡Pero también podemos crear infinitas posibilidades cuando pronunciamos **palabras creativas**! Como las que José pronunció a sus hermanos a quienes *consoló, hablándoles al corazón*.

## 2. La escucha

No hay oración, salmo o plegaria en la Biblia que no comience de esta manera: «**¡Escucha Señor!**» [Escucha la voz de mi súplica, mi llanto, mi grito, mi lamento, mi rabia, mi dolor, mi angustia, mi pena, mi silencio, etc.]

Dios **ESCUCHA**. ¡Dios no es sordo a lo que nos pasa o a lo que le decimos! Él también nos invita a hacer lo mismo: «**¡Escucha Israel!**» (Deuteronomio 6, 4). La desobediencia a Dios no es otra cosa que la falta de escucha o hacernos sordos a sus mandatos.

Como maestros o educadores seguramente descubren cada día la íntima relación entre “escuchar” (*audire*) y “obedecer” (*obædire = ob - audire*). El Señor ha sembrado en nuestros corazones la perfección de la escucha. ¡Cuántos dramas humanos, familiares o comunitarios surgen a partir de la falta de escucha!

Por eso en la vida religiosa solemos reunirnos en comunidad para **escuchar juntos la voz de Dios** (oración comunitaria) y **escucharla a través de las voces de los hermanos** (reuniones y capítulos comunitarios). También comunitariamente estamos **llamados a escuchar a quienes comparten nuestra misión y a los destinatarios de la misma** (misión comunitaria).

La escucha no se agota en una perspectiva meramente “auditiva”; se manifiesta en la mirada atenta como la de José que contempla el rostro de los compañeros de prisión y las necesidades de los demás. Por ello:

**¿Escuchamos la voz, el llanto, el grito, el lamento, la rabia, el dolor, la angustia de nuestros hermanos?**

### 3. La misericordia

Al inicio de esta reflexión citaba la “presuntuosa matemática” de Lamec. Sus palabras describen con desgarrante realismo el modelo que a veces exporta la política, la economía, (incluidos ciertos modelos educativos)... la historia actual ¡cóctel terrible de relativismo y fundamentalismo! Frente a este panorama suena en nuestros corazones aquella “novedosa economía” evangélica con la cual Jesús responde a Pedro. El apóstol pregunta: *«Señor, ¿cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano las ofensas que me haga? ¿Hasta siete veces?»*. El único y verdadero Maestro le respondió: *«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete»* (Mateo 18, 21-22).

Desde esta perspectiva San Lucas traduce la perfección con una palabra que le es muy cara: LA MISERICORDIA. La perfección es la misericordia: *«Sean misericordiosos como el Padre es misericordioso»* (Lucas 6, 36). Dios es misericordioso, perdona. La parábola del hijo pródigo es como una epifanía de esa misericordia (Lucas 15, 11-32). La misericordia, si me lo permiten, es “la medida” con la cual el Padre “mide” la felicidad (entendida como bienaventuranza ciertamente). En esa parábola, cada uno de los tres personajes centrales nos ofrece una “medida” de la felicidad:

- **El hijo menor** piensa que la medida de su felicidad será pedirle al padre **«la parte de la heredad que me corresponde»** (Pero eso no le dio la felicidad).
- **El hijo mayor** jamás desobedeció las órdenes de su padre. Pero le irrita no haber tenido jamás **«un cabrito para festejar con mis amigos»** (Esa era la estrecha medida de su felicidad).
- **El Padre**, siguiendo la analogía, tiene otra medida para medir su propia felicidad. Felicidad inseparable de la de sus hijos. Por ello los quiere consigo y responde a quien no deseaba entrar a la fiesta: *«Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo»*.

Desde esta perspectiva, el Capítulo podría preguntarse:

**¿Cuál es la “medida” de nuestra vocación fraterna?**

José al ver a sus hermanos hambrientos en Egipto, comprende finalmente que el designio de Dios ha transformado en bien el mal que ellos habían pensado hacerle.

**Palabras creativas, escucha y misericordia. He aquí la síntesis que nos deja José, icono del verdadero hermano, tipo de Jesucristo.**

Abriendo José su corazón a los sueños de los demás, Dios le dio a conocer sus propios sueños. Sueños de Dios para él, para sus hermanos, para su pueblo.

Hemos contemplado juntos a este hombre justo, sabio y prudente, hermano de sus hermanos, para concluir no se me ocurre otra cosa que parafrasear el consejo evangélico de Jesús al Doctor de la Ley, al concluir el pasaje del Buen Samaritano: «*¡Vayamos y hagamos nosotros lo mismo!*» (Cf. Lucas 10, 37).